

Paulina Chiziane

(Manjacaze, 1955)

Creció en los alrededores de Maputo, teniendo como lenguas maternas el ronga y el chope. Aprendió portugués en la escuela de misión católica. Fue militante de la FRELIMO durante la guerra de independencia. Empezó a publicar en revistas en la década de 80. En 1990 fue la primera mujer mozambiqueña a publicar una novela *Balada de Amor ao Vento*. En 1993, sale en edición de autora *Ventos do Apocalipse*, y en 2000 *O sétimo juramento*. En 2003 ganó el premio nacional de literatura José Craveirinha con *Nichekte: uma historia da poligamia*. *O Alegre canto da perdiz* (2008) está traducido en México por Rodolfo Alpizar. En 2021, fue la primera autora africana en ganar el Premio Camões. "Las cicatrices del amor" fue publicado por primera vez en la antología *O Conto Moçambicano - Da Oralidade à Escrita* (Río de Janeiro, Te Corá Editora, 1994).

LAS CICATRICES DEL AMOR

QUE ME LLEVE EL DIABLO SI NO ESTOY BIEN AQUÍ EN ESTA ronda de mujeres sentadas en la arena y los hombres en las sillas. Todas las gargantas regándose en la fuente de *uputo* que fluye a borbotones. El ambiente cómodo es de gente humilde, sincera, harapienta y descalza.

La brisa sudeste juega en el sombrero de los marañones. Los cuerpos sudados por el verano deliran con los besos de las brisas. El cielo nublado transfiere el feo gris para la transparencia del Índico. Cuervos en bandada graznan malos augurios que nadie escucha. Quien entra al barracón de Maria, bebe alegrías y olvida lo demás. Sí, es verdad. En este campo de desplazados en Inhaca, el pueblo triste recrea felicidad.

229

Una mosca bailando al viento, se despista, cae en mi vaso y se debate como loca. ¡Qué mala suerte!

—¡Qué suerte! ¡La mosca trae suerte, muchacha!

¿Suerte? Suerte, pues claro está, me confirman las sonrisas. Con la punta de la uña removí a la intrusa, bebí mi vaso de un trago, no fuera la suerte a volatizarse.

Entrecerré los párpados sorbiendo la delicia de aquel paraíso de miseria. El *uputo* está bueno y la bebida helada; la música es de los pájaros y el calor de las sonrisas. Las manos se empalman al estrecharse vigorosas, frenéticas, con saludos de bienvenidos, compadre, quiere tomar algo, ¿no es cierto?

Alguien hojea un viejo periódico.

—Mire esto, compadre. Dos niños abandonados por sus madres.

La dueña de la casa deja de chismear, estampa los ojos en el periódico arrugado intentando identificar las caritas de los infelices.

—¿Qué les pasó?

—Alguien los tiró. Las mujeres están locas.

—Son efectos del PRE —contestó el otro—. Si los padres compraran leche para sus niños, no sobraría nada para la bebida. No queda duda. La maldad asola en los días que pasan.

—La maldad nació antes que la humanidad. La culpa la cargan las madres pero es de toda la sociedad —sentenció la mujer.

—No huya de la verdad, comadre, que la culpa la tienen las mujeres. Lo que dices es *suruma* de la borrachera, estás borracha, claro.

230 La voz de limón del hombre duro era paja seca en la tosca fogata.

—Lo que ustedes no saben —dijo Maria— es que cada nacimiento tiene una historia y cada acción, una razón. En mi juventud he cometido el mismo crimen, o mejor, iba a cometerlo. Todo por culpa de ese amor amargura, amor esclavitud, que trastorna, que hechiza, que hace del amante la sombra del amado.

Maria se entristece. Levanta los ojos hacia el cielo en una súplica de silencio. Su mente retrocede en la lejana trayectoria, más veloz que una estrella caída. Baja los ojos hacia la tierra infértil, salpicada de hierbas secas.

El volcán de su recuerdo explotó narrativas; las lavas cayeron como golpes en las gargantas y ahogaron acordes, cállense todas las bocas, ¡ahora habla la comadre! La voz de Maria se hizo oír en las profundidades del tiempo.

“Me acuerdo de la noche sin luna, cuando bajo el marañón dije sí, al hombre de mis sueños. El *régulo* de Matutuíne, que era mi padre, dijo no a ese, pobre, sin ganado para *lobolar* a la hija del rey. A mi hombre ultra-

jado no le quedó otra alternativa sino buscar el lenitivo de las penas al otro lado de la frontera, en Johannesburgo, dejándome sembrado el vientre. En los nueve meses de gestación, mi alma en suplicio consumió cuchillazos. Quince días después de que naciera la niña, mi padre me dijo: “Fuera de esta casa”.

Relato de mango verde con sal, escalofriante, excitante, cautivando la atención de todos los ojos y oídos. Vamos, cuéntenos todo, Maria, parecían incitar las voces en silencio.

“Supliqué clemencia a la humanidad; recurrí a la amistad. En vano. La amistad abraza la riqueza que es belleza, y no la tristeza que es leprosa. Amor verdadero sólo nos lo da la tierra, cuando al final de la jornada ella nos dice: reposa en mis brazos toda la eternidad. Amarré la *capulana* bien firme; con el bebé sujeto a la espalda, juré: los estorbos que obstaculizan mi camino serán arrancados con mi mano. Llegaré a Johannesburgo, mi tierra prometida. Abandoné la casa durante el ritual de los gallos cerrando las cortinas de la noche. Seguí la ruta de la estrella del sur, caminé días, y noches suficientes para contar todas las estrellas del firmamento”.

Retazos de vida, revolviendo las entrañas de quien escucha. ¡Atención! Lo que aquí se cuenta, ¡está sucediendo ahora!, en cualquier parte del mundo. Y tú bailas, Maria, el *strip-tease* de las batucadas de tu amargura, que la embriaguez te revolvió la lengua. Sueltas el lienzo y la *capulana*. De la blusa ya subida, espían los senos susurrados de mil besos, despliegas las cortinas de tus secretos, ¡eres indecente, Maria!

“Pero la vida es sólo esto. Hermano es aquel que te abraza, en la desgracia. Del otro lado de la frontera, encontré un desconocido que me dio comodidades, descanso y dinero para seguir la marcha. Subí a un tren. La niña enflaquecida dejó de llorar. Su frágil cuerpecito se

incendió en un fuego húmedo más abrasador que el calor de diciembre para de inmediato enfriarse más que todas las madrugadas. Mientras el tren vence la distancia, los pasajeros hablan, ríen, la niña se apaga, haga algo. ¡Dios de los milagros! ¿Qué será de mí, sola, en un país extraño, con una niña muerta en los brazos? Vientre mío, ábrete, quiero devolver a este ser a su origen. Llamada de desesperación. ¿Pero dónde reside el poder de los hombres, si ni las parcelas de su propio cuerpo obedecen su comando? Abandoné el tren. Me abrí camino con golpes rápidos de codo entre la multitud de negros caminando para los rincones más recónditos de los guetos. Mis ojos inquietos buscaban un basurero, una valla, una corriente de agua, alcantarillas, para deshacerme de mi fardo. ¡Trágica peregrinación! Lloraba por el amor que me hacía llorar; por la tierra madre que dejé; por el matrimonio de conveniencia que rechacé; por el funeral digno que mi hija tendría, con lágrimas y cánticos, y yo, visitando la sepultura, llevando cada día un ramo de flores muy coloridas bien agazapadas en el pecho, con poses de la novia que nunca fue. De repente mi corazón palpitó: un matorral cruzó el horizonte de mis ojos. Será allá, será allá, el cementerio de mi hija, en la noche, picotazos de cuervos se van a deleitar con el frágil cuerpo de mi retoño, ¡ah!...".

Cubres los ojos, erizada, tiemblas de dolor. Maria, el relato sobrepasa el umbral de un recuerdo. Es revivirlo, un marco bien evidente en los archivos de tu memoria, y nosotros no soltamos ni un suspiro, hipnotizados por tu dolor.

"Me adentré en el matorral, paraíso ilícito. Los amantes también estaban allá, protegiendo sus abrazos de las miradas indiscretas, y ni yo los vi, concentrada que estaba en mi tarea secreta. Adiós, fruto del placer y del dolor; amor de fervor, ¡adiós! Abandonaba el lugar con pasos de huida; la pareja que me espiaba lanzó gritos,

alarmando a los transeúntes, que me rodearon. Una vieja ahuyentó a los curiosos y me llevó a su casa para cuidar de la niña. Ni así desistí de mis intentos. La letrina de la casa era realmente ideal para la consumación de mi acto. Esperé a que la vieja se durmiera. En vano. Era más vigilante que todos los ángeles de la guarda. El sueño me venció. En el sueño vi a mi pequeña ya crecida, riendo a carcajadas abiertas en los brazos de su padre. El llanto de la niña me interrumpió el sueño, transportándome hacia el nuevo sueño ahora mucho más real: la niña sonreía, venciendo la agonía. Dios de los milagros, respondiste a mis súplicas, gracias. Los espíritus del mar vencieron el mal, ¡jamén! Por la señal de la Santa Cruz".

Yo, pecador, me confieso. Sorbí la taza de lo abominable, fluyendo de la garganta de la autora. Eché un vistazo alrededor intentando penetrar en el secreto de cada alma. Al final de cuentas, ¿quiénes somos? ¿En cuántas tormentas giramos en espiral hasta tocar el peldaño del presente? Ahora pregunto, Maria: ¿qué razones te llevan a desvendar los aposentos de la miseria al público, clavando la vergüenza y el deshonor en el rostro de tus hijos?

Bailas, Maria, ahora completamente desnuda. Tus curvas son ardientes, lo confirman los hombres, pero los tatuajes que exhibes son los más secretos y los más sagrados de tu mundo.

"Y después caí en las manos de una farsante que me obligó a trabajar para ella, con amenazas de denuncia por violar la frontera. Seis meses duró la cárcel así como mi plan de evasión. ¡Maldición! Aprendí la mala lección. Antídoto para la estafa: estafa y media. Un día la vieja se emborrachó demasiado. Le robé todo lo que tenía de valor y desaparecí. Como una pluma volando, me fui de lugar en lugar, rodeando villas, ciudades, hasta alcanzar el objetivo de mi aventura: ¡mi hombre!"

—¿Y después?

—Ah, la vida es un juego de *ntchuva*: llena aquí, vacía allá. Conocí la verdadera felicidad al lado de mi marido.

—¿Y la niña?

—Es aquella de allá, y ya me dio dos nietos.

¿Por qué bajas los ojos, Maria? Quizás te avergüences de tus actos, quizás te arrepientas de tu relato, o incluso te rebeles contra la sociedad que te condujo a los caminos de la tragedia. Las cicatrices del amor arrancaron las costras y chorrean un líquido sangre que escurre por tus párpados.

La hija aludida, preparó la flecha que disparó certera:

—Mamá, ¿habrías sido capaz de tirarme en una zanja, a mí?

234 —Perdóname, querida. Yo no quería decir nada. Solamente me gustaría que los seres humanos tuvieran más humanidad, amor y fraternidad.

En la carpa de Maria hay una mujer que llora, y sus sollozos se sincronizan con la *makwayela* de las palmeras. La bandada de cuervos grazna augurios, las nubes ya se fueron y el sol volvió a abrasar. Las aguas del Índico se balancean con más fuerza, bajo el viento del sur. En el corazón de la noche habrá tormenta.

Traducción de Ana Rita Sousa ❀